

# postrevolucionarias

Silvia Quezada

impreso en 1949. Mariano Azuela es el artífice de la novela revolucionaria. Publicó a modo de entregas *Los de abajo*, en un periódico fronterizo, en 1914. La novela pasó desapercibida por los lectores hasta 1924, año en el que Francisco Monterde, desde las páginas de un diario capitalino, citó a la saga como poseedora de una nueva temática y estilo. Azuela fue médico de tropa y sus experiencias fueron narradas en la novela *María Luisa*, aunque nunca abandonó el tema revolucionario, lo trató en sus diversos momentos. Su novelística fue transformándose desde la lucha armada hasta la vida burguesa de los herederos de la revolución.

El poeta Elías Nandino (1900-1993) representa al escritor alejado de los temas sociales, tan buscados por narradores y poetas de la época. Fiel a las consignas de los Contemporáneos, quienes buscaron la universalidad más que los temas nacionales, Nandino escribió un solo cuento largo de corte regional, por cierto bastante fallido *El coronelito*. Su producción lírica, que es la valiosa comenzó a aparecer en 1924. El erotismo, la muerte, la impotencia de la vejez fueron sus ejes temáticos. La imagen de las sensaciones humanas lo convierten en un autor emocional pero intelectual.

Un dato singular: González Martínez. Mariano Azuela y Elías Nandino, fueron médicos de profesión además de poetas. El pentagrama literario del periodo posterior a la revolución lo completan el abogado Agustín Yáñez y un sacerdote: Alfredo R. Placencia. (1875-1930) nacido en Jalostotitlán. El hecho de que a pesar de ser un cura viajero, no cultivó amistades literarias en la ciudad de México, hace que sea un poeta poco conocido, a pesar de sus originalísimas composiciones. Fueron el amor a Dios, la muerte y la tristeza del hombre sus afanes versales. Sus primeros libros fueron publicados en Barcelona, sin que se conozca una distribución de ellos. Aunque su verso fue de tono místico, sus rupturas existenciales con el mundo lo hacen distinguirse. Incluyó voces cotidianas entreveradas con formas clásicas. Placencia fue un sacerdote de vida cinematográfica, perseguido por sus fieles ante la mala administración de sus encargos. La poesía completa de Alfredo Placencia fue publicada en 1959, gracias a la Casa de la Cultura Jalisciense. Murio en Guadalajara, en una de las casitas que Fray Antonio Alcalde implementara para ser habitada por gente de escasos recursos.

## La pintura

La figura de José Clemente Orozco (1883-1949) domina la escena jalisciense a partir de los años veinte y hasta su muerte, acaecida en la ciudad de México, sitio al que se trasladó a los siete años desde Zapotlán, su tierra natal. Sus primeros trazos los dedicó a la caricatura, ya que trabajó en *El hijo del ahuízote* y *El machete*, con una marcada influencia de José Guadalupe Posada. Ya en 1922 lo encontramos en compañía de los dos grandes muralistas de México, Diego Rivera



y David Alfaro Siqueiros. La obra de Orozco en Guadalajara es posterior a sus murales en la Escuela Nacional Preparatoria, donde abordó los temas de la conquista, la colonización y la revolución mexicana. Tal vez podríamos señalar el mural del Pomona College en California, como el antecedente de *El hombre de fuego*, ya que el mural trabajado giró en torno al héroe griego Prometeo.

De 1936 a 1939 estuvo en Guadalajara donde pintó el *Hidalgo de tea encendida* en Palacio de Gobierno, además de *El circo político* y *Las fuerzas negras* en los troncos Hospicio Cabañas 40 grandes frescos en el *Hombre de Fuego*. Es curioso que en 1939 fundó Casa Museo Clemente Orozco sobre un restaurante con tema gastronómico. Se dice que fue un restaurantero del centro del país, un hombre que alabara los refinamientos de la vida. Orozco no pudo sustraerse a la crítica social, ya que mostró figuras ciertamente grotescas en sus obras. José Clemente.

Otro de los pintores sobresalientes del periodo es Roberto Montenegro (1885-1968), quien inicia la carrera de arquitectura en la ciudad de México en 1904, abandona la carrera para ingresar a la Academia de San Carlos, donde comparte aulas con Diego Rivera. Marcha a España y Francia. Luego de ilustrar algunas revistas europeas regresa a México y José Vasconcelos le solicita pintar algunos frescos, sin embargo, la pintura le ha reservado un sitio por su obra de cabecera. En el Museo Regional de Guadalajara puede apreciarse el retrato que hizo del también pintor Chucho Reyes Ferreira. La obra de Montenegro fue menospreciada en vida del pintor, basta citar que el friso pintado en el interior del Teatro Degollado durante la época de la gubernatura de Yáñez, se destruyó en la administración de Juan Gil Preciado, por considerarlo indigno del espacio monumental. Hoy en día, la apreciación de su obra puede darse con mayor facilidad gracias a la publicación *Roberto Montenegro. La sensualidad renovada*, de la investigadora Esperanza Balderas.

Otro de los pintores de obra interesante es Gerardo Murillo, el Dr. Atl, (1875-1964) pseudónimo que le regalara el poeta Leopoldo Lugones. Los paisajes volcánicos fueron el asunto pictórico de su preferencia. Montañas y árboles en espacios abiertos y llenos de luz colorean su producción. Se dice que fue el primero que tuvo la idea de pintar murales, hecho no consumado por el estallido de la revolución.

No quisiera cerrar este apartado sin nombrar a María Izquierdo, (1902-1955) nacida en San Juan de los Lagos, sitio que abandona para acudir a la Academia de San Carlos, para desilusionarse pronto del academicismo reinante y continuar en búsqueda. Apoyada por Rufino Tamayo, y más tarde por Diego Rivera, realiza exposiciones en la Galería de Arte Moderno de la ciudad de México y en 1930 ya expone en el Art Center de Nueva York. Como Roberto Montenegro se interesa por asuntos populares, plasma escenas circenses y naturalezas muertas. Su pintura, de asuntos folclóricos, deriva en el surrealismo técnico.

Un grupo de pintores anima la Guadalajara que había dejado de ser porfirista: la del Centro Bohemio (1912), instalado en la calle de Tolsa. José Guadalupe Zuno, Carlos Sthal, Xavier Guerrero, Juan Antonio Córdoba, Alfredo Romo y Joaquín Vidrio se hacen acompañar de un solitario literato Ramón Córdoba, años más tarde presidente municipal de Guadalajara. Luego se allegarían músicos, pintores, escultores, arquitectos, hecho que nos recuerda a los grupos del Ateneo de la Juventud o de los estudiantistas, quienes arman una nómina de colaboradores más asentada en la simpatía que en el contacto cotidiano. Como todo movimiento plural y multitudinario, el Centro Bohemio acaba por extinguirse en 1918.